

FRANCO IR

Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO Y ILUSTRADO.

ADOLFO MOSQUERA

ESCRITOR Director Enrique Labarta

POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR

Urbano G.



Vió en Caldas la luz primera
 Y por eso yo me explico
 Que resulte tan buen chico
 Mi amigo Adolfo Mosquera

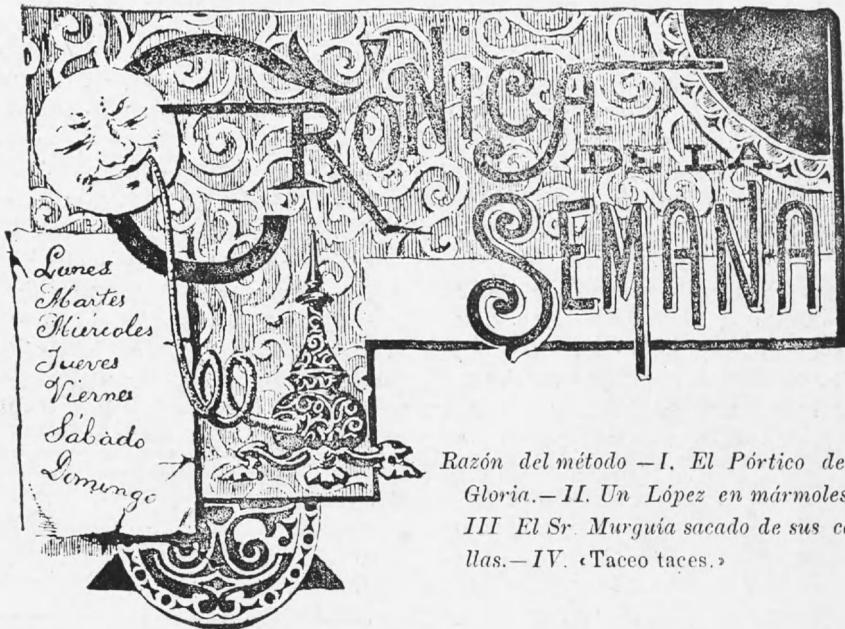
Literato y periodista,
 No precisa que lo alaben:
 Como escribe ya lo saben
 Los que ven esta Revista.

Porque ya más de una vez
 En ella Adolfo escribí,
 Y que vuelva quiero yo
 Otra y otra y otras diez.

En fin, este buen poeta
 tiene además, de notable
 El saber tirar el sable
 Y montar en bicicleta.

ENRIQUE LABARTA

¡ NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS



Razón del método — I. El Pórtico de la Gloria.— II. Un López en mármoles.— III El Sr. Murguía sacado de sus casillas.— IV. «Taceo taces.»

Me veo entre Scila y Caribdis ó entre la espada y la pared al tratar de iniciar esta crónica con algun asunto importante. No, no es porque no los haya; nada de eso. Libreme Dios de caer en la ridícula manera que tienen algunos cronistas de gastar papel, tinta, paciencia y bilis dedicando cuartillas y cuartillas á decir que no tienen asuntos de que tratar. Asuntos jamás faltan; lo que falta casi siempre es... sentido común

En la cuestión entre la materia y la forma, casi siempre el cronista peca en la última. Lo sobrante es materia; forma, y acaso formas, faltan á algunos.

Pues bien; decía que estoy entre la espada y la pared porque no sé con cual de dos importantes asuntos comenzar la crónica: las Capitanías Generales ó el Pórtico de la Gloria.

Reconozcamos que la espada vienen á ser las Capitanías, y la pared el Pórtico. Solo que tiene más de maestra que de pared.

Las Capitanías por lo que tienen

de *caput*, deben ir á la cabeza de todo, y eso lo sostienen los cornueses desde el punto y hora en que comenzaron á darse de cabezadas con el tal asunto, pero á mi modo de ver resulta más artístico, más simpático y más lógico por lo que tiene de *entrada*, el Pórtico de la Gloria de la catedral compostelana.

Entremos francamente, y yo el primero, por ese Pórtico, y Dios, que está sobre todo y sobre el Pórtico mismo, nos ayude en la excursión.

Amén de que, según rezan las nuevas fórmulas democráticas, intervengan también nuestros conciudadanos en la protección pedida.

Dios, pues, y mis conciudadanos me acompañen en la excursión, comenzando por el Pórtico de la Gloria, honra de la Catedral de Santiago, de Galicia, de España y del arte que es más que España, que Galicia y que la Catedral, con pordón sea dicho, y aparte de la religión, que con el arte vá del brazo casi siempre.

* * *

«El Liberal», que en materia artística casi siempre sabe lo que se pesca, preguntó hace días que se había hecho de la reproducción del Pórtico de la Gloria, regalada por un arquitecto inglés al Gobierno español.

«La Correspondencia», apelando á los argumentos del abogado Fraquebalme de «Port Tarascón», respondió que si por un lado «El Liberal» decía bien, por otro decía ó pensaba mal; que el inglés regaló ó no regaló; si el Estado no fué el que autorizó la reproducción sinó el Cabildo; que á éste hay que preguntárselo, ó al Nuncio ó al Archipampano de Sevilla, y que, en fin, entre *quid pro quo*, y *verum emisevero*, no se sabe nada, ni el Gobierno quiere ser como Dios en eso de hacer la luz, *fiat lux*, y que estamos como estábamos con el Pórtico en su sitio y la reproducción originalísima, cópia de la que existe en Londres, sin saber donde, si decomisada en una Aduana ó en un fielato de consumos en calidad de artículo de comer, beber ó arder, en lo cual no se equivocarían mucho los autores del decomiso, porque visto está que las bellezas arquitectónicas de España son materia combustible, y sinó ahí están los Alcázares de Segovia, Toledo, la Alhambra y otros monumentos que no me dejarán mentir.

¡Cosas de los *inglis*!

Pero por desgracia no son solo los *inglis*, sinó también los *man-glis*.

* * *

Fernán González, no el Conde de Castilla, sinó un escritor gallego que manda trabajos á «La Correspondencia» desde la *Coutada* de Celanova, propone que se levante en Galicia un monumento al insig-

ne Lopez Ballesteros, el hacendista de los tiempos de Fernando VII, seguramente cuando este monarca *gastaba poletó*, prendía liberales, ahorcaba al Empecinado y á Riego y hacia otras fechorías de este jaez.

El ilustre hacendista tiene en contra de su monumento dos razones de peso: primera, no haberse sublevado nunca, ni haber dirigido encasillados, ni siquiera haber tenido mando alguno en Ultramar; segunda, el llamarse López,

Pues qué ¿á un López vá á levantársele una estatua?

Puede ser que andando el tiempo se la levanten á López Dominguez, á pesar de las *zedas* de sus apellidos, pero... ¡esos son otros López!

Y además, si vamos á *zedas*, ahí está Mendez Núñez que tiene estatua en Santiago. donde no nació ni hizo nada de particular, y están *asperges* Rajoy, Solís, Romero Ortiz, Fonseca sobre todo, y otros... de cuyo nombre no quieren acordarse los santiagueses.

* * *

Al que no quiere caldo... tres tazas.

—¿Quiere regionalismo el señor Murguía? Pues... á Gerona. Allí puede ser otro Alvarez de Castro... cuando se trate de la independencia regional.

Estas cuentas se echaria el Gobierno ó quien fuese, al trasladar al Sr. Murguía, el ilustre prosista, desde Occidente á Oriente, al par del movimiento rotatorio de la tierra.

Pero mal sabe el que eso hizo que, á fuerza de dar vueltas, concluye uno por marearse y perder el sentido,

Y yo deploro que se pretenda marear á Murguía, porque sin sentido no podría escribir tan buenas

cosas como las que escribió hace tiempo.

Porque lo que es ahora Murguía está *duermes*.

* * *

Y vamos con las Capitanías.

Sanchez Bregua, buen coruñés y muy buena persona y buen escritor y con otras muchas bondades, habló en el Senado, muy bajito, eso sí, pero habló... y le contestaron, y la Comisión y el Senado dijeron que sí á la aprobación del proyecto dominguista y *voilà tout*.

En el Congreso los Diputados por la Coruña se abstuvieron de votar porque la enmienda del señor Sanchez era política, y ellos

con toda la política de que son capaces no dijeron ni sí ni no.

Bien hecho. Al buen callar llaman Sancho y el que mucho habla mucho yerra. Por eso no erraron los diputados coruñeses.

El que erró fué el refrán: «el que calla otorga.»

Y ellos, que yo sepa, no otorgaron nada al gobierno.

Por eso *puede* que éste no les otorgue nada á ellos ó á sus representados por lo menos.

Y...*Pax Cristi*

PEDRO PONCE

(José G. Acuña)



LOS PECADOS CAPITALES

III.—A UN LUJURIOSO

SONETO

Tu apetito brutal, desordenado,
no reconoce obstáculos ni freno;
revolcándote estás en lodo y cieno
que cancera tu cuerpo extenuado.

De infinitas dolencias agobiado,
tu sangre, más que sangre, es ya veneno;
tu pecho ¡ay! de podreaumbre lleno,
será un día por el despedazado.

La virtud para ti sólo es un mito;
el pudor virginal una quimera;
la austera castidad grave delito.

Es tan horrible el vicio que en ti impera,
que te desprecian, como á un ser maldito,
¡la inmunda meretriz, la vil rameral!

Marcelino Sors Martínez



DRAMA DEL DIA

PRÓLOGO

(La escena se desarrolla junto á la puerta de un baile público. Dos jóvenes costureras que se retiran del taller sostienen animada conversación presenciando la entrada de los que van á divertirse. Una de ellas, Mercedes, tiene modales desenvueltos y sonríe muy á menudo con picaresca expresión. La otra, Julia, habla y acciona con encantadora sencillez y no se atreve á mirar á los hombres que la dirigen chicoleos.)

Mercedes.—Tu timidez es ridícula... ¡Anda vamos á entrar!

Julia.—Mamá está esperándome.

Mercedes.—Le dices que hemos tenido que hacer un trabajo extraordinario.

Julia.—No, no... Podría ir á enterarse

Mercedes.—No seas tonta, criatura; ¿cómo ha de sospechar de una cosa tan natural y tan corriente?

Julia.—Además... con este traje...

Mercedes.—Estas muy bien. ¿Crees que éste es un baile de etiqueta? ¡Anda! nos marcharemos pronto. Unas cuantas vueltas por el salon y á casita.

Julia.—Si sólo tardáramos media hora...

Mercedes.—No tardaremos más; te lo prometo...

Julia.—Pero...

Mercedes.—No seas tonta. Estamos perdiendo un tiempo precioso...

(Julia vacila aún. Mercedes, cogiendo el brazo de su amiga, la arrastra suavemente hacia el vestíbulo.)

(Entrando.)

ACTO PRIMERO

Interior de una habitación amueblada con sencillez y extraordinario gusto. Sobre una mesa y en completo desorden varios libros, por cuyos títulos es fácil comprender que pertenecen á un estudiante de Derecho. El poseedor de los libros y del corazón de Julia se halla con ésta. El tema de la conversación es conocidísimo.

—¿Es verdad que me quieres mucho?

—Más que tú á mí.

—¡Imposible!

—¿Acaso no te he dado pruebas?

—Te las he dado yo mayores... y te las daré mientras viva

—¿No me engañas?

—No pongas en duda mi cariño, porque me haces mucho daño.

—¡Luciano mio!

¡Julia de mi alma!

ACTO SEGUNDO

La misma decoracion del anterior. Un hombre llama á la puerta.

—¿La señorita Julia?

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Entregarle esta carta.

El hombre que se va. Julia rasga el sobre precipitadamente y lee: «Mi querida Julia, voy á ocasionarte un disgusto; las circunstancias me obligan á ello. Ya sabes que he terminado mi carrera... Pues bien; mi familia me llama, y yo ¡ay de mí! no tengo más remedio que acudir al llamamiento de mi familia. Te juro que este *¡ay de mí!* ha sido acompañado de un suspiro arrancado por la pena que me causa nuestra separación. Pero el deber ante todo, como dicen en las comedias.

Adios, querida Julia. Tén la seguridad de que siempre recordaré con mezcla de alegría y sentimiento las horas de felicidad que has proporcionado á tu

Luciano.

«*Postdata.*—El alquiler del cuarto está pagado hasta el fin del mes próximo. Todo lo que hay en él es tuyo. ¡Adios!»

Al terminar la lectura de la carta, Julia se tambalea, extiende los brazos y cae al suelo sin conocimiento.

ACTO TERCERO

Cinco años después.

La gente se agolpa á la entrada de una casa de humilde apariencia.

Oyense diálogos por el estilo del siguiente:

—Pero ¿qué ocurre?

—Pues que una costurera jovencita que vive en el segundo interior ha ahogado á su hija.

—¡Qué horror!.. Merece que la lleven á la guillotina.

—No lo crea usted. Parece que la infeliz cometió ese crimen sin darse cuenta de lo que hacía... abrazando á su hijo loca de desesperacion porque el pobrecito se estaba muriendo de frío y de hambre...

—Disculpas y nada más que disculpas.

—Vivía en la mayor miseria por no encontrar trabajo... Dicen que ha sufrido mucho desde que la abandonó un tunante después de engañarla.

—¡Bah!..

—Y desde que vive en esta casa no ha dado el más leve motivo para que duden de su honradez...

Las conversaciones quedan de pronto interrumpidas. Todas las miradas se dirigen á la puerta en la cual aparecen dos polizontes llevando casi en brazos á una joven delgada y pálida que no puede tenerse en pie.

Los curiosos se dividen en dos bandos. Unos lanzando sobre la joven exclamaciones hostiles; otros la contemplan con lástima.

ACTO CUARTO

En una sala de lo criminal de la Audiencia.

Está en el uso de la palabra el representante del ministerio público.

—Señores jurados...

El crimen que vais á juzgar es uno de esos que cometen con lamentable frecuencia los seres que no tienen la suficiente fuerza moral para dominar sus pasiones y sus instintos...

La conciencia nos impone el deber de ser inflexibles con los autores de hechos tan monstruosos.

¿Qué circunstancias reúne la culpable para ser acreedora á vuestra

compasión?... ¡Ninguna! Es una vagamunda cuyo verdadero estado civil no conocemos por haberse ella negado obstinadamente á revelar su nombre... Declara llamarse Luisa Muller, pero no presenta documentos que acrediten su personalidad... Esa obstinación es, desde luego una prueba de la falta de sentido moral de la acusada.

Habéis tenido ocasión de observar también, Sres. jurados, que la culpable no ha querido responder á las preguntas que el dignísimo Sr. Presidente le dirigió hace pocos minutos con el fin de averiguar los móviles que la impulsaran á la realización del espantoso crimen... A esas preguntas ha contestado con sollozos, hijos de la vergüenza y del remordimiento.

Señores jurados: no pienso molestar mucho vuestra atención porque estoy seguro de que impondreis á la acusada el severísimo castigo que merece.

Pero antes de terminar mi breve discurso he de hacer algunas consideraciones acerca del infanticidio en general y del caso concreto que hoy me obliga á cumplir un penoso deber.

El infanticidio, Sres., ataca á la sociedad y á la familia en su misma base... Etcétera etc.

ACTO QUINTO

En casa de D. Luciano de Verviere, fiscal sustituto.

—Hola Sr. Hardil ¿á qué debo el placer que me proporciona su visita?

—Vengo á dos cosas: en primer lugar á darle la más cordial enhorabuena por su discurso de ayer... Estuvo usted admirable.

—Dispense usted, amigo mio; fuí yo quien quedé admirado de su oración forense. En esto reconozco siempre su superioridad...

—No hay tal cosa. Y la prueba es que ha salido condenada mi defendida... En nombre de ella vengo precisamente y este es el segundo objeto que me trae á esta casa.

—En la cual se le recibe y se le recibirá siempre con el mayor cariño.

—Mil gracias... He aquí la carta que esa pobre joven me ha entregado suplicándome con lágrimas en los ojos, que la hiciera llegar á manos de usted.

—Si usted me permite...

—Le dejo á usted entregado á su lectura... Tengo una vista dentro de media hora y no me puedo detener.

Se despiden; sale el Sr. Hardil y el fiscal sustituto lee lo siguiente; «Señor fiscal: la mujer que gracias á usted fué ayer condenada, ha sufrido tanto que no es ya sino sombra de lo que era hace cinco años y algunos meses: No es extraño que usted no reconociera en ella á *Julia Dumas*.»

EPÍLOGO

De la *Revista de los Tribunales*.

«...Esta causa de infanticidio sirvió para que hiciera su *debut* un joven de mucho porvenir; el Sr. D. Luciano de Verdier. Su oratoria es brillantísima y cuantos ayer le oyeron estaban conformes en asegurar que su carrera sería una serie no interrumpida de gloriosos triunfos.

Pierre Veron



¡ES DE LOS NUESTROS!

DIBUJOS DE CILLA



ivía el padre Jacinto en cierta villa castellana cuyos vetustos monumentos y viejos edificios, patentizaban que había sido tan famosa en los gloriosos tiempos de nuestras históricas hazañas, como pobre y desmembrada se encontraba en estos que respiran el menguado prosaismo en que vivimos. Los escasos habitantes de la villa parecían sentir la nostalgia de otras edades; la ausencia de los aventureros, la muerte de los adalides, la abolición del absolutismo, y caminaban taciturnos por las calles estrechas y sombrías, sin atreverse á representar los sainetes propios de nuestro siglo, ante aquellas grandiosas decoraciones que habían sido teatro de nuestros dramas históricos.



No era la villa una ciudad moderna, por su aspecto; ni una ciudad antigua, por su espíritu: era el alma de un niño encerrada en una momia; era un gran anacronismo yacente en los campos de Castilla; y de este contraste manaba la tristeza y taciturnidad de los habitantes, que á las nueve de la noche se encerraban en sus casas sin que ninguno osase atravesar las calles tortuosas, empinadas y oscuras, donde tal vez vagaban en la soledad de la noche las sombras de los antiguos hidalgos castellanos recordando con lágrimas sus glorias ya marchitas y sus olvidados amores.

La casa en que vivía el padre Jacinto tenía dos pisos y un gran corral comun á entrambos; en el de abajo habitaba el cura, y en el de arriba una hermosa mujer abandonada por su marido, la cual confesaba al padre Jacinto sus pecados y le refería sus cuitas, de suerte que sus confesiones eran íntimas confidencias, por donde el alma de aquella infeliz tribulada desahogaba periódicamente la pesadumbre de sus dolores.

Cierta noche, aquella mujer, con visibles muestras de sobresalto y de temor, llamó en la habitación del cura, penetró en el gabinete, donde el padre solía entregarse á sus oraciones, y, sentándose junto á él, le habló de esta manera:

—Padre, ese hombre no quiere olvidarme; cuantos más esfuerzos hago para romper los lazos que me ligan á él, con más ahinco se empeña en aferrarlos. Le he puesto delante de los ojos los secretos sufrimientos de mi conciencia turbada, que repugna estos amores adúlteros, á donde he llegado en un momento de debilidad é impulsada por el despecho que desper-



tó en mí la infidelidad de mi esposo y el abandono en que me tiene; le he señalado el gran peligro en que se pone mi honra ante la villa si alguno descubre que él me visita por las noches á favor de la llave que imprudentemente le dí; le he rogado que deje mi espíritu en disposición de salvarse y de recibir la gracia de Dios; he llegado á mentir diciéndole que no le amaba; le he dicho, en fin, todo lo que Ud. me ha aconsejado que le diga; pero ha sido inútil, porque á todas mis palabras respondía diciéndome:

—Asunción, ¡yo no puedo vivir sin tí! ¡Yo no puedo vivir sin tí!—Y sus lágrimas y las mías caían rodando sobre nuestras manos enlazadas...

El padre Jacinto quedò breves momentos pensativo, y, después, cerrando con lentitud el breviario, que abierto en las manos tenía, dijo á Asunción:

—Es indispensable que se aleje Ud. de la villa por algun tiempo, hasta que se haya entibiado en ese hombre su criminal pasión.

El padre Jacinto se puso de pié, indicando con su actitud á Asunción que debia retirarse.

Al despedirse la pecadora, dijo llorando al sacerdote:

—Esta noche veré á Enrique por última vez. Si pido socorro venga Ud. en mi auxilio, porque tengo miedo á su furor y... ¿para qué ocultársele? tengo miedo de mí misma, porque, á pesar de todo, le amo.

*
* *

Eran las diez de la noche; la villa estaba envuelta en sus nunca turbadas tinieblas; ni el más leve ruido alteraba el reposo de aquella obscuridad solemne, en medio de la cual elevaban los campanarios sus moles de granito como enormes fantasmas que dormían de pié.

El padre Jacinto, que no podía conciliar el sueño, temeroso de la escena que en la habitación de arriba había de verificarse, oyo un leve chirrido en la cerradura de la puerta del corral; después observó que crujían nuevamente los peldaños de la escalera, como si alguien subiese por ella de puntillas y con grandes precauciones, y finalmente percibió el ruido de las pisadas sobre su cabeza y el leve murmullo de una conversación no interrumpida.

—Dios mío—exclamó el padre—dad á esa mujer fortaleza y valor.

Los murmullos tomaban mayor incremento, y el sacerdote escuchaba de vez en cuando distintas frases llenas de pasión, rebosantes de enojo, suspiros ahogados por el temor, ruidos bruscos, pisadas nerviosas, todos los movimientos de aquella horrible lucha moral, cuyas explosiones delataba el silencio de la noche.

De pronto escuchó el padre Jacinto un grito terrible, agudísimo, desgarrador, inmediatamente oyó el ruido de un cuerpo que caía desplomado en el suelo, y precipitados pasos por la escalera, como de alguien que huía presuroso.

Subió el padre Jacinto; sin perder tiempo, al cuarto de Asunción y la encontró en el suelo bañada en su propia sangre.

—«Padre, confesión, yo muero.» Estas fueron las primeras palabras que pronunció la infeliz al verle llegar.

El sacerdote abrió una ventana pidiendo socorro y se arrodilló después junto á la moribunda para escuchar su postrera confesión.

Despertaron algunos vecinos á las estentóreas voces del sacerdote, que retumbaron con prolongados ecos en las silenciosas calles de la villa, y cuando ya se disponían á cruzar las puertas de la casa, Asunción, sintiendo un vigoroso impulso de amor hácia aquel hombre que, ciego y desesperado por sus desdenes, la había herido mortalmente, llamó al padre Jacinto y le dijo con los angustiosos acentos de la agonía:

—No le delate Vd.; yo le he revelado á Vd. su nombre bajo secreto de confesión.



Todos los indicios acusaban al padre Jacinto como autor de aquel asesinato, y aun cuando él podía, con pronunciar un nombre, descorrer el velo del horroroso crimen, no se atrevió á hacerlo, porque su conciencia se lo impedía, y soportó con resignación y energía todos los aprobios y los sufrimientos á que su inflexible deber le condenaba.

—¿Usted ha asesinado á esa mujer?—Le preguntó el Juez.

—No, señor.



—¿Sabe Ud. quién es el asesino?

—Sí.

—Revele Ud. su nombre.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque se me ha confiado como secreto de confesión:

Estas explicaciones creyeron los jurados que eran vanas excusas y condenaron al padre Jacinto á cadena perpétua.

Después de trascurridos diez años, Enrique, enfermo de muerte, reveló su atroz delito, rogando á la justicia que se diera libertad al inocente.

El padre Jacinto volvió de nuevo á la villa, pero los sufrimientos le habían hecho perder la razón. Todos le saludaban al verle pasar y le dirigían miradas llenas de asombro y de veneración, y al ser llegadas las diez de la noche el padre Jacinto se paseaba solo por las obscuras y tortuosas calles de la histórica villa: sus siniestras pisadas eran el único ruido que turbaba la soledad siniestra y augusta de aquel teatro de los pasados tiempos, y acaso, las sombras de los antiguos hidalgos que vagaban en las horas de la noche por las obscuras encrucijadas de la villa se inclinaban con respecto y decían con murmullos imperceptibles, en presencia del padre Jacinto:



—Abridle paso; aunque está vivo, es de los nuestros,

R. Forromé

Mayo de 1893

(Prohibida la reproducción)



O ILMO. SR. D. EDUARDO VINCENTI Y REGUERA

DIRECTOR XENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA

Desherdado d'a fortuna,
que sempre noxo me tivo,
vin á este mundo cativo
n-a hora mais importuna;
pois, sin dúbida ningunha,
deixándome de parolas,
teño pr'as miñas cirolas
fago n'ó mundo tal visto,
ò mesmo qu'a un Santo-Cristo
ille fan un par de pistolas!

Mais, xa que n'él me meteron
sin dar à miña licencia,
teño ó deber de concencia
hachar ó que non me deron;
é com'os pais me morreron,
sin deixar casta de bés,
perciso, n-o meu intrés,
andar traballand' arreo,
qu' hoxe non can pás d' o ceo
como en tempos de *Moisés*.

E anque son, á moito argullo,
dend' hai sete anos letrado,
xa fai tempo qu' hei colgado
à toga n-un gar. bullo:

pois entre tanto barullo
d' Audenceas e de Xuzgados,
saben os mais avisados
n-isa cencia d'o Dereito,
q' hoxe, para cada pleito
hay un fato d'abogados.

E de fame escangallado,
co-a fortuna sempre torta,
andiben de porta en porta,
sin ser de naide escoitado;
de todos fun despreceado,
y cuasque xa sin calzós,
perdidal-as ilusiós,
topei con vostede ó fin,
que foi ó mesmo, pra min,
¡que si m' atopase á Dios!

Vosté, con hó corazón,
cal outro n'hai- n-iste chán,
soupo votarme unha mán,
faced unha nobre aución...

Bardo sin inspi:ación,
que xa non pode dar nada,
aución tan nobre é preceada,
eu non lla podó pagar

Imais que c'o probe cantar
d'a miña lira crebada!

Oferta qu' amor revela;
pro vosté está á tal altura,
que teño pra min, loucura
pensar que chegu' hastra ela.
Mais, por si quer recollela,
posta vai n-istes ringlòs,
qu' asina me salve Dios
com' é de ley verdadeira,
xa que non teño maneira
de pagarll' as suas aucios.

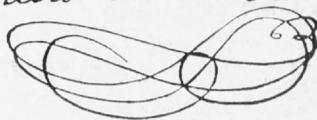
Si t an baixo chego a estar,
y-osté tan alto se mira,
qu' os ecos d'a miña lira
non poden alí chegar,

anqu' en pequeno, xurar
podo, que son ó pirmeiro
en cariño verdadeiro,
pois, non por ser pequeniño
ten menos lei ó canciño
qu' ó can grande de palleiro.

Y-unque tan cativo son
é séi que de nada vallo,
reciba ó pobre agasallo
que lle da meu curazón...

Po-l a súa proteución,
Dio-l-o deixe medrar ben.
e chegar onde ningún,
tal é o desexo d'un pobre
ppr' ó diputado mais nobre
de cantos Galicia ten!

Javier Valcarlos Ocampo



Mezclilla

El pellizco de la envidia es como el picotazo del pájaro. Vá siempre dirigido á la mejor cereza.

En la vida de la Humanidad, los génios se parecen á los cuadros que discurren por el foco de una linterna mágica. En ésta, cuanto más se aleja el objetivo, mas se agrandan las figuras. De igual modo, los génios, á medida que transcurren los años y los siglos, van adquiriendo mayores proporciones.

Los nécios instruidos y los traductores, son como los planetas, que alumbran con la luz que un astro superior les comunica.

La presunción es al talento, lo que la tinta al agua. Una simple gota es suficiente para ennegrecer una porción.

Así como el guerrero se descíñe la' armadura después del combate para recibir el premio alcanzado por su valor, por su pericia y por su arrojo, así también el hombre se descíñe la carnal envoltura después del combate de la vida, para recibir en la historia el premio alcanzado por sus méritos, por sus virtudes, por la santidad purísima de sus acciones.

La crítica severa, pero inteligente y razonada, se parece á la lanza de Aquiles que cura las heridas que produce.

Hay pensadores que, como los globos aerostáticos, cuanto más se elevan, mas se acercan al vacío.

El amor propio es una hidropesía del yó.

Victor S. Armesto

LA VEDA

SÚPLICA DE UN CONEJO

Ahora que el tiempo llegó de dar trégua á la matanza, incurriendo en grave pena, quien se dedique á la caza... Yo, el conejo más humilde, de todos los de mi casta, y que libré de la muerte, debido á mi mucha práctica, más no así mi parentela, que del mundo en la hojarasca, era feliz y dichosa, mientras á tiros no andaban los certeros cazadores, terror de nuestra comarca, y de nuestras madrigueras, vigilantes y fantasmas... Yo, huérfano y desvalido, con reverencia marcada, vengo á ejercer mis derechos, vengo á suplicar con calma, al Congreso cinegético, de escopetas y cananas, con el hocico afilado, y de pié sobre dos patas, que acaben con los bandidos peorés que las alimañas, y peores que las fieras, de los bosques, soberanas. Vengo á reclamar señores, en nombre de la desgracia, que el *club* de los cazadores, que es un *club*, que siempre manda; que denuncia los abusos, mediante una ley de caza, debe espulsar de su seno, á los que impasibles plantan cuatro tiritos seguros al gran lucero del alba, tengan de nosotros duelo

tengan de las *piezas* lástima, y lo mismo al pajarito, que por los aires avanza, como la perdiz medrosa ó como la liebre rápida, nos dejen vivir en paz amarnos sin otras ansias, pues luego vuelve Septiembre con sus sangrientas jornadas. Entró el tiempo de la veda, y si alguno se propasa, yo, como el único miembro, que vive de aquella raza con mi *memorial* acudo al *club de muerte*, en demanda, de castigo irremisible, primero, para el que falta á los principios legales de todo aquel que á la caza se dedica, y en segundo aunque es la verdad amarga, para que no permitáis, no lleveis á la montaña, cazadores de afición, de esos que tan solo cazan en el plato haciendo alarde de una puntería falsa, y que lejos de matarnos, con destreza y arrogancia, si es conejo, lo *chamuscan*, si perdiz, romperla un ala, y si es liebre, casi siempre *mal ferida*, se les marcha.

Digo, y al cerro me escapo, que es vuestra conciencia elástica, y nunca el remordimiento hace nido en vuestras almas. ¡Cumplid solo cuanto os pido y os dé Dios su santa gracia!

Stuan Neira Canela

UN CONSEJO... AMISTOSO



«Esta noche à las once
caro Segura:
entrò en la *cofradia*
tranquilamente...
Ya el padrino de boda
preparó al cura,
y ya me echó un discurso
grandielocuente.

No te invito á la boda
porque tan solo
irán los conocidos
de mi parienta,
un párroco que vive
diciendo *volo*
y un chico del comercio
que me revienta.

Y asistirán al acto
de toda gala
luciendo con empaque
su *fresca* ropa,
dos testigos de vista. .
bastante mala,
y el padrino, un *teniente*
que no es de tropa.

Por tanto no asistiendo
saldrás ganando
pues es insoportable
la genté toda
y yo de todos modos
en terminando
te enviaré un recuerdo
de nuestra boda

Mas en cambio deseo
que tu me digas
lo que debo enviarles
à los vecinos

sobre todo á las chicas
que son amigas,
y á los chicos de enfrente
que son muy finos.

—
Espero tu consejo
muy impaciente
pues que con él espero
salir del paso,
y arreglar al instante
perfectamente
esas cosas de casa
ya que n e caso. >

—
«Mi querido Ventura
¡desventurado!
ya formas en las listas
de los conyu...ntos.
Mira, cambia de nombre
como de estado
porque rabian los pobres
de verse juntos.

—
No sabes lo que hiciste,
pero paciencia.
Ya verás lo que cuest a
la *blanca mano*.
¡Mal uso hizo el padrino
de su elocuencia!
¡Si lo cojo en la calle
lo despampano!

—
No me produce asombro

que no quisiese
tu costilla, en el *acto*
ver mi persona
que si yo hubiera ido
quizás hiciese
que siguieres con palma
mas sin corona.

—
En fin para la cosa
no hay compostura
y hay que bajar la fronte
y á lo hecho pecho.
¿Te has casado?... Pues bueno,
genio y bravura,
y no te olvides nunca
de tu derecho.

—
En cuanto á los vecinos
creo prudente
que eches en una cesta
dulces variados
y despues los repartas
tranquilamente
entre ellos y este amigo
de tus pecados

—
Y para que resulte
justa la tasa
haz esto que te digo
¡Poco te cnesta!
Los dulces, me los mandas
para mi casa
y á los demás vecinos. .
dales la cesta. >

Gerardo Alvarez
Jimenez

Advertencia

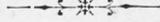
Hallándose enfermo el Director de esta revista, deja de publicarse en el presente número la seccion de *Preguntas* que al mismo correspondía y las cuales, Dios mediante y si Labarta sana para entonces, se contestarán el sábado próximo.

A N U N C I O S

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —



DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre, 2 pesetas.
 „ „ semestre, 3'50 idem.
 „ „ año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semestre, 7 idem.
 „ „ año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
 Idem atrasado, 25 idem.
 A corresponsales y vendedores 12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales.

Toda la correspondencia tanto literaria como administrativa, dirijase á **D. Enrique Labarta**, FERIA 38—PONTEVEDRA.

EL LIBRO

« F O L I A S D E P A P E L »

DE

D. ALBERTO G. FERREIRO

SE VENDE AL PRECIO DE 3'50 PESETAS EJEMPLAR en «El Siglo», Pontevedra y en las librerías de Fé, Carrera de San Jerónimo 2, Madrid; de Miranda, Plaza Mayor y Sol, 5, Or use y de Carré, Luchana, 16, Coruña.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.